

Sobre el Regionalismo español



Decía Vladimir Soloviev: «La historia de los pueblos todos, antiguos y modernos, que tuvieron una acción directa sobre los destinos humanos, nos ofrece una sola y misma enseñanza; en llegando a su apogeo, todos los pueblos han establecido su importancia y afirmado sus caracteres nacionales por algo de muy nacional, de «sobrenacional», en que han creído, que han servido y actuado mediante obras cuyos puntos de partida y medios de expresión son nacionales; pero de que el contenido y los resultados objetivos son universales. Los pueblos viven y obran, no ya en su propio nombre o en el de sus intereses materiales, sino en nombre de sus ideas, esto es, de aquello que les parece más importante, de aquello que es necesario al mundo entero y que ellos pueden ofrecerle. Muchas veces he experimentado pensamientos análogos a este de Soloviev, y aún he de volver a expresarlos muchas veces. La conciencia del individuo es social, es sobraindividual y la conciencia de un pueblo es sobrenacional, según la expresión de Soloviev, o sea internacional. Nación que no tenga una idea de su papel y su misión entre las demás naciones, no es tal nación. Es una región y nada más.

Y uno de los mayores males de nuestra España de hoy es que no pasa de ser una región europea. Nuestro patriotismo nacional se limita a ser un regionalismo algo más extenso que el catalán, o el vasco, o el gallego.

Si se le pregunta a los que en mi tierra vasca se llaman a sí mismos nacionalistas, cuáles son las soluciones políticas que es el orden económico, religioso, pedagógico y gubernativo, etc., presentan, nos dicen que su programa se reduce a obtener la completa autonomía del país vasco—en el fondo aspiran a la absoluta independencia—y que todas esas otras cuestiones les retén por ahora. Es imposible que se dé más selva a la creación de sentido político. Porque si el nacionalismo vasco—y quien dice de éste dice de el de otra cualquiera región española—ha de tener sentido, es por un contenido de moral y eso de la autonomía o de la independencia no es contenido, es forma. Cualquier hombre de buen juicio puede preguntar: «y bien, después de lograda nuestra independencia, ¿cómo hemos de constituirnos?» «Eso se verá después» se le dirá. Y él se levantará, y veámoslo antes, porque de ello depende el que me parezca bien o mal la independencia.»

Nuestro patriotismo o nacionalismo español no es más que un regionalismo, y una vez establecida así la confusión de ideas a los regionalismos se les llama a los regionalismos, tanto en Vasconia como en Cataluña.

Al nacionalismo—esto es: al regionalismo

catalán se le ha hecho cien veces el reproche de que no presenta soluciones políticas valdeoras para España toda, pero al nacionalismo, o sea al regionalismo español, se le puede hacer el mismo reproche: el de que no propugna ideales valdeoros para la humanidad toda. Porque eso de conservarnos como nación, cerrando con siete llaves el sepulcro del Cid, y envolvernos en una general neutralidad para todos los problemas vitales que en Europa se debaten, eso no es vivir vida digna de una nación.

Los pueblos—según diciendo Soloviev—viven no sólo para sí, sino para todos. Aquello en que cree un pueblo y lo hace con fe, le parece bueno «absolutamente», esto es, bueno en sí, bueno para todos, y en general no se engaña. Los representantes históricos de un pueblo pueden, a las veces, entender mal los dos aspectos de la idea, nacional y universal a la vez, que defienden, y su actividad, en tal caso, acaba mal y naufraga. Felipe II y el duque de Alba comprendieron mal la idea de la unidad de la Iglesia; la Convención no comprendió mejor la idea de los derechos del hombre, pero las falsas concepciones pasan, las ideas quedan y se expresan mediante manifestaciones nuevas y mejores siempre que abandonan verdaderamente las raíces en el alma del pueblo.»

Felipe II comprendió mal, según nos dice Soloviev, la idea de la unidad católica. Es decir, no fué Felipe II, sino la España del siglo XVI. Pero aquella España tuvo un ideal sobrenacional, universal, humano, y aunque fracasó en él, fué una nación, una verdadera nación frente a las demás naciones, y no una región independiente—al parecer, por lo menos—como es hoy.

Treitschke, el arótol del imperialismo germánico, en su «Política», tratando de cómo el exceso de vida política puede hundir a un pueblo, escribe: «Así los españoles, este pueblo bien dotado («dieses begabte Volk») se desangró por la idea política del predominio de la Iglesia católica. Es un grandioso idealismo político que no se puede examinar sin conmovida admiración. El áureo suelo de la instrucción fue despreciable fundamento y de esa manera se le llevó al país a la ruina económica que se siguió a la ruptura.»

Treitschke no oculta su simpatía hacia España y todo porque hubo un tiempo en que nuestro pueblo supo tener una idea política universal—justa o equivocada—y pelear y sufrir por ella.

«España—dice el mismo Treitschke en otro pasaje de esa misma «Política»—no fué nación hasta que el cristianismo no hubo vencido en ella y arrinconó a los que confesaban





otra fe.» Refiriéndose, claro está, a nuestra lucha por la Reconquista. Y cabe añadir que España ha dejado de ser nación en cuanto no luchamos por religión alguna, sea la que fuere.

Aquel materialismo económico de la segunda mitad del pasado siglo XIX, contra el que fulminó el gran patriota Mazzini sus más ardientes palabras—y algunas de ellas os repetiré otra vez—tendía a convertir a las naciones en regiones y a matar la religión civil. Y la religión civil o civilizada es el civismo, el patriotismo hecho religión, basándose no en intereses que surgen de las cosas, sino en ideas que nacen de los hombres y los producen.

«En la medida en que la obra de un pueblo—sigue diciendo Soloviev—esto es: lo que realiza de veras, es universal; otro tanto de universal es en su objeto la verdadera «conciencia» nacional. El pueblo entonces no se concibe abstractamente como un sujeto vacío y fuera del contenido y del sentido de su vida, sino que se concibe precisamente en lo que hace, y por relación a lo que hace y quiere hacer, a lo que cree y a qué sirve.»

Y añade: «Pero si, como resulta claro de la historia, los pueblos no se toman a sí mismos por fin de su vida y no separan sus intereses materiales de sus condiciones ideales y superiores, ninguno de nosotros tiene derecho, si es que ama a su pueblo, de hacer abstracción del sentido de la vida de este pueblo y poner los intereses materiales de su nación por delante de sus exigencias morales.»

Y la significación de nuestros regionalismos españoles es, precisamente, el de ser un tejido de intereses y no de ideales. El regionalismo es profundamente materialista, y por lo tanto conservador. Y de ahí el que los más de nuestros regionalistas—o nacionalistas, como gustan de llamarse a sí mismos—no sean sino conservadores. Y de la peor especie. Y no es sino materialista y conservador el sentido del regionalismo español, de la región España, que ahoga y oprime el brotar de un patriotismo universal, de una conciencia sobrenacional de la patria.

Miguel de Unamuno.

